

Patria, la mestiza

PEDRO TRIGO

EL MESTIZAJE COMO VIGENCIA CULTURAL

Nos referimos al mestizaje en Venezuela ante todo como una vigencia cultural: Venezuela es un país predominantemente mestizo y este hecho es asumido como paradigma ciudadano. En los documentos oficiales no hay datos sobre raza porque queda establecido que existe un tipo dominante (el mestizo) y que lo demás son variantes no significativas. Este tipo habría surgido de tres componentes (indígena, blanco y negro) que aún perduran en pequeña escala como testigos de lo que en el punto de partida fueron los componentes del proceso, pero desprovistos hoy de esa función y reducidos a casos límites del fenotipo establecido.

Desde esa vigencia social el factor raza dejar de ser un elemento diacrítico, diferenciador y pasa a constituirse en una designación de la totalidad del venezolano. En este nuevo contexto el término raza sería una denominación secundaria y por lo tanto caería rápidamente en desuso. Sería sinónimo de pueblo y se utilizaría de un modo retórico y ponderativo. En este sentido lo emplea Gallegos para cerrar Doña Bárbara: "¡Llanura venezolana! Propicia para el esfuerzo, como lo fue para la hazaña, tierra de horizontes abiertos, donde una raza buena, ama, sufre y espera!..."

PRIMER MESTIZAJE

Pero esta vigencia está lejos de constituir un hecho obvio. No existía, por ejemplo cuarenta años atrás y ni se pensaba como posible en las primeras décadas de vida republicana. En la Venezuela colonial hubo castas y la de los mestizos era una de ellas. Hacia el fin del siglo XVIII el criterio racial se templó oficialmente con el económico, pero la diversificación de factores no recusaba sino que presuponía y aun fortalecía el régimen de castas. Este criterio perdura durante lo que se llama la oligarquía a causa del condicionamiento económico para el ejercicio de la ciudadanía. Es un régimen estamental: los ciudadanos se dividen en categorías por su raza, status social y posición económica, y a cada categoría le corresponden por ley determinados derechos

y deberes. La ley sanciona y preserva la desigualdad, a la vez que la sustrae del abuso de personas o grupos.

Como lo expresa plásticamente Uslar Pietri en *Las lanzas coloradas*, la guerra de la Independencia sienta las bases para el surgimiento de las castas y sobre todo para el encumbramiento de los mestizos. El proceso prosigue durante lo que se ha llamado la época del caudillismo. En ese siglo se intensifica el mestizaje racial, y los criterios económicos y sociales se establecen definitivamente al lado del racial para definir las categorías sociales; sancionado o no por las leyes escritas, continúa vigente el sistema estamental. En los años 30 de nuestro siglo el grupo de los mestizos era ya sin duda el más numeroso, pero de ningún modo representaba por entonces a la totalidad.

La patria mestiza era una propuesta estética, cultural y política de un grupo de intelectuales y activistas sociales; pero era tan sólo una proposición lanzada al futuro (como el hijo de Marcos Vargas en el final de *Canaima*), que aun como proyecto distaba mucho de ser compartido. Para otros la patria mestiza, nuestra democracia, era "una palabra irrevocable y fatídica: FINIS PATRIAE" (últimas palabras de *Idolos rotos* de M. Díaz Rodríguez). Pero, aunque en la irrupción de los andinos en 1899 algunos vislumbraron ya el fin de la patria de castas, aún tardaría casi medio siglo en morir, ya que, hasta que no se hizo sentir el petróleo, ninguna fuerza emergente contaba con potencialidad suficiente como para actuar establemente sobre el cuerpo social anquilosado de esta patria.

De lo que llevamos dicho se deduce que para comprender nuestro mestizaje hay que desandar el camino desde el mestizaje como vigencia social al mestizaje como la fuerza que configura la categoría más numerosa (pero no la de más poder) de la Venezuela estamental. Llamamos a éste primer mestizaje ya que constituye la base sobre la que operan los desplazamientos contemporáneos. Este mestizaje no es sólo el punto de partida de la situación actual, a la que se llegaría a través de la abstracción y la memoria histórica.

Aún subsiste (más o menos transformado) en la Venezuela rural, y no sólo sobrevive sino que continúa como proceso así sea profundamente alterado.

Este primer mestizaje se caracteriza por una homogeneidad y fijeza bastante marcadas (tanto en lo racial como en lo social y económico), aunque el tipo varíe según las regiones, poco comunicadas entre sí. La homogeneidad deriva tanto del carácter limitado del concepto (aquí mestizo se opone a negro, a indígena, a blanco) como del carácter relativamente estático de la sociedad. Fuera de casos excepcionales, no son muchas las posibilidades de ascenso, ni por actividades económicas, políticas o culturales, ni por casamiento con blanco (a). Lo político-militar es el ámbito más abierto, pero el más inestable también.

En este primer mestizaje las cosas aparecen claras: a medio camino entre los blancos (o blanqueados) dominantes y los indios, negros y zambos que ocupan el último puesto es claro que el mestizo es superior a las otras castas por lo que tiene de blanco y es inferior a éste por lo que le queda de negro o indio. En estas condiciones el blanqueo es uno de los componentes del ascenso social; no el único, desde luego, ni el más importante, pero ciertamente influyente. De todos los modos queda patente y desembozada la dirección de las vigencias. Así pues el primer mestizaje manifiesta de un modo público e inequívoco el carácter asimétrico no sólo de la sociedad como un todo (sociedad estamental) sino de la posición de los componentes en el seno del propio mestizo: se aspira a que el blanco sea el dominante y el indio y negro el recesivo.

El equivalente geográfico de la metáfora biológica es la correlación campo-ciudad. Lo rural se asocia a las castas y lo urbano a los blancos (aunque en el campo esté la casa-hacienda como isla de blancura y la ciudad esté cercada por barrios oscuros). La valoración de esta contraposición aparece en su versión ideológica: barbarie-civilización. Ahí está señalada la dirección para el país: el éxodo a la ciudad. Aunque éste no fue posible en gran escala hasta que a



Primer mestizaje

mediados de siglo lo permitió la renta petrolera.

SEGUNDO MESTIZAJE

Entonces empezó a constituirse el segundo mestizaje, el que tiene lugar hasta el día de hoy en las zonas populares de las grandes ciudades modernizadas. El que acontece sobre todo a partir de la segunda generación, no la de los que nacieron en el interior y se pasaron décadas o aun la vida entera en el proceso de mudarse (de habitación y de piel), sino la de los que se levantaron en esos mundos nuevos, abigarrados, marginados y dinámicos. Para ellos el punto de comparación no es ya el interior sino las otras zonas de la ciudad.

La primera novedad de este mestizaje es la notable ampliación del espectro: salidos de sus comunidades, de la sociedad tradicional estamental, todos entran en el proceso de fusión. Negros, indígenas, zambos, mulatos, mestizos en sentido restringido, blancos de orilla; con ventajas o desventajas relativas, con aspiraciones y desdenes, atracciones y repulsiones mutuas, todos entran sin embargo en el proceso de fusión. Un elemento destacable es el incremento del componente negro con los contingentes venidos de las zonas costeras del cacao que se habían mantenido hasta entonces como bolsas bastante aisladas. Aunque en general habría que decir que los tipos mestizos que en el primer mestizaje habían cristalizado en caracteres muy distinguibles como el llanero, el andino, el oriental se funden en este nuevo hábitat para dar lugar al nuevo mestizo del segundo mestizaje. Este es un tipo en plena formación y por lo tanto en buena me-

diada resulta aún un enigma para él mismo y para el resto de la sociedad.

Pero, sea cual sea el contenido cualitativo, el hecho en sí es tan significativo que supone la liquidación de la base racial para una sociedad estamental. Por este segundo mestizaje, más aún que por el primero, se constituye Venezuela en una sociedad mestiza, a diferencia de otras sociedades latinoamericanas que todavía aparecen con rasgos marcadamente birraciales.

Con esto pudiera parecer que convalidamos nuestra afirmación inicial de que el mestizaje en Venezuela es vigencia cultural. No es así sin embargo. Por el contrario sostenemos que en Venezuela el mestizaje como vigencia es un concepto ideológico, encubridor.

MESTIZAJE COMO IDEOLOGIA

Lo es, entendido como proceso y como resultado.

Como proceso el concepto de mestizaje funciona como ideología cuando se sirve de la metáfora biológica para naturalizar conflictos que en realidad son históricos. De este modo, confiando su resolución al tiempo, se descargan de responsabilidad los agentes históricos y la violencia padecida por el pueblo queda internalizada e incluso magnificada como si fueran los dolores de un parto cósmico. El hombre del segundo mestizaje, mucho más que el del primero, siente su vida atravesada por graves tensiones que le ponen a veces a punto de desintegración. En vez de la vivisección de cada conflicto para detectar pròmenorizadamente las causas y buscar las soluciones, la ideología del mestizaje le susurra: No, hombre, es que somos así, todavía somos un pueblo

joven, chocamos por exceso de vida, son las sangres enemigas que rebullen en nuestro pecho chocando y fundiéndose, es que aún nos estamos probando (sumidos como Marcos Vargas en el fragor de la tormenta total, desafiando desnudos a los elementos) "¡Qué hubo! ¿Se es o no se es?"

El concepto de mestizaje como resultado funciona como ideología cuando la mezcla biológica sirve para simbolizar una simbiosis que en realidad no existe. No existe porque un elemento es dominante y los demás recesivos, a nivel de raza, de clase social y de cultura. Así como el concepto igualitario de ciudadano sirve a un nivel muy formal, pero no por eso menos eficaz, para ocultar en la igualdad del voto la desigualdad de fortuna, así la calificación de nuestra sociedad como mestiza encubre que la raza blanca desprecia a las demás razas, la cultural occidental margina, deforma y aun arrasa a las demás culturas y la burguesía oprime a las otras clases. Este encubrimiento se logra a través de los partidos políticos, la educación oficial, la cultura de masas y la religión del status. Mestizaje en la cultura dominante venezolana connota blanqueo racial, asimilación cultural y pérdida de la conciencia de clase. Este mimetismo obra como señuelo para el ascenso social; éste sólo se logra en casos contados, elevados a la categoría de paradigmas; sin embargo sí se logra convertir a los hermanos de raza, clase y cultura en una masa hostil de competidores. De este modo la violencia vertical se convierte en violencia horizontal: soledad, competencia despiadada, recelo, agresividad.

En nuestro país el mestizaje como ideología es un concepto usufructuado por la burguesía. Al surgir en el horizonte histórico la posibilidad de que cambiara drásticamente la correlación de clases, razas y culturas que fragua en la colonia las clases dominantes han empleado la noción de mestizaje (ó la equivalente de pueblo) como mediación aglutinadora. Las clases dominantes lo han usufructuado, pero los portadores de esta noción han sido las clases medias, que son los mestizos estructuralmente (los del medio). De este modo han logrado el poder político. Desde él se han presentado como los representantes del pueblo, aunque conservando por otra parte las relaciones de producción vigentes.

El sacrificio que acepta la burguesía como precio para asegurar su preeminencia es el de un cierto igualitarismo

social. Ese es el contenido real del mestizaje en el orden establecido. Con eso la burguesía conserva la supremacía como raza, cultura y clase, relegando a las otras a una posición subalterna.

Pero el mestizaje como ideología no recubre sin más al mestizaje segundo ni a lo que aún permanece del mestizaje primero. La hegemonía de la burguesía sobre el pueblo no es entre nosotros un hecho consumado. No lo es porque la brecha creciente en nuestra sociedad difícilmente se puede rellenar con pura palabra de unanimidad y compañerismo, de promesa y amenaza, y con empleos y servicios cada día más escuálidos.

MESTIZAJE ESTRUCTURAL

La comunicación entre las ciudades modernizadas y el resto del país, y entre la gente de las zonas populares de las ciudades y sus centros de trabajo y de servicios serían los cauces y paradigmas de lo que llamaremos mestizaje estructural o funcional, que caracterizamos como mediación asimétrica. Según esta noción, menos los que están en la cúspide (económica, política, social, cultural) y los que están en el último lugar (el lumpen en la ciudad, y los indígenas, peones y campesinos subempleados o desempleados en el campo), todos somos mestizos, todos nos mediamos aunque no recíproca sino desigualmente. Esta noción de mestizaje es de carácter formal y por eso relativa; no depende tanto de factores intrínsecos cuanto de la posición en la escala social. De este modo uno que en su pueblo o en su barrio pasa por blanquito, en la capital del distrito o entre sus compañeros de trabajo puede ser considerado como netamente mestizo y en la capital o en el lugar donde trabaja (un club de lujo por ejemplo) resulta simplemente indio o negro. La mediación se da en todos los aspectos de la vida y comprende las dos direcciones: en algún grado uno se sirve de los que están más abajo en la escala y es aprovechado por los que están más arriba. El propietario de un vehículo en las trochas del interior manipula el precio del pasaje o de los productos, pero a su vez él está a merced del que vende los respuestos o del mayorista, que sin embargo dependen de los importadores o de los grupos económicos que por poseer tierras, créditos, agroindustria y mercadeo controlan los precios al por mayor.

Pudiera alegarse que esta descripción es demasiado genérica y que caracteriza simplemente a toda sociedad



Segundo mestizaje

clasista. No es así sin embargo ya que la posición de cada quien en el seno de la escala no deriva primordialmente de su productividad económica, de su capacidad intelectual o más generalmente de su excelencia. Se debe en buena medida a criterios latentes y difícilmente legítimos de repartos de poder y zonas de influencia que se justifican por su desnudo poder fáctico. Se trata de un comportamiento estamental sin estamentos, aunque el umbral de color (cf. Ignacio Castillo) lo connota todo sutil pero consistentemente.

Vamos a referirnos desde esta perspectiva a las dos relaciones asimétricas básicas.

RELACION CAMPO-CIUDAD

La relación campo-ciudad en la Venezuela actual se configura como la relación del primer mestizaje con la clase dominante, la cultura dominante y la raza blanca (o blanqueada) de la ciudad, por mediación de hombres del segundo mestizaje y de la cultura de masas. Es una relación profundamente perturbada y regresiva.

R. Betancourt, refiriéndose a su experiencia personal en el primer lustro de los años 40, apuntaba que "la Venezuela urbana, metropolitana, la de Caracas y sus alrededores, en pleno vértigo de un boom urbanístico, estaba superpuesta a otra Venezuela, de producción estancada, atraso técnico y pauperismo popular (...) la coexistencia sobre una misma tierra, de dos países: el minoritario y de holgado bienestar y el otro, infinitamente más numeroso y marginado a las ventajas de la vida civilizada" (Venezuela: política y petróleo. F.C.E. 1956, p. 156). Pues bien, estas dos Ve-

nezuelas se han escindido aún mucho más. Es verdad que la mortandad ha descendido drásticamente, que se han abierto carreteras, que los servicios de agua y luz han penetrado bastante y funcionan pasablemente, es verdad que la educación abarca hoy casi integralmente nuestra geografía aunque apenas funcione por esos montes de Dios. Sin embargo el intercambio campo-ciudad ha sufrido un colapso. Antes se daba explotación, pero también intercambio. Hoy ha desaparecido el modo de producción tradicional y apenas ha sido sustituido por otro. A los cincuenta años de Doña Bárbara nos apersonamos en El Yagual y se nos informó que la parcelación de los potreros y las queseras con que soñara Santos Luzardo no existen aún, los vegueros, si quedan, apenas siembran. Lo que existe es el motor en vez del palanqueo y la carretera asfaltada. Por esos medios la gente abandona el campo. Y lo mismo hemos observado en los riquísimos valles de la costa central o entre los pescadores del golfo de Cariaco o en Los Castillitos de Guayana o en tantos otros puntos de nuestra dilatada geografía. Los campesinos que fueron conuqueros o peones no se han convertido en agricultores o ganaderos sino en proletarios o funcionarios, y el interior (mal) vive del clientazgo. En esta situación el bono (que en abstracto podría considerarse como un paliativo aceptable) remataría esta tendencia envilecedora.

No solamente no afrontamos el problema, ni siquiera lo queremos ver. La ciudad no capacita al campo y le ~~quita~~ sus posibilidades tradicionales; a cambio de eso le acostumbra a tender la mano... hasta que el petróleo dure.

RELACION BARRIO-CENTRO

La relación del barrio (y zonas populares) con el centro registra en parte características similares a las del campo-ciudad. Como el campo, también el barrio es penetrado y desarticulado mediante los servicios y el clientazgo. Al abrirse los años 60 ambos se configuraban como núcleos de alta tensión y peligrosidad. Así como la Federación Campesina y la Reforma Agraria redujeron al campesinado a la condición de vasallo inerme, así los partidos del status y las asociaciones de vecinos sometieron los barrios a los dictados de la clase, cultura y raza dominantes.

Sin embargo existe una diferencia fundamental: En el mundo del interior la distorsión por más profunda que sea está aún focalizada, no ha logrado acabar del todo con la cultura tradicional ni romper el tejido social. Aunque haya problemas con personas concretas que representan a la ciudad (los intermediarios) lo general es la convivencia, el ámbito fluido de la comunicación. En el mundo "moderno" en que está enclavado el barrio o la zona popular, es la convivencia a la que se encuentra focalizada, si es que aún perdura. Lo ordinario es la indefensión, la competencia, la violencia. El libro sagaz y sabroso de Naoa *Las artes y los oficios* vuelve una y otra vez sobre esta situación fundamental. Por eso la cualidad que se resalta es la psicología, la viveza para sacar ventaja en la confrontación desigual y desfavorable; porque a causa del componente de arbitrariedad que hemos señalado las normas no son objetivas ni fijas, las relaciones tienen que definirse en cada encuentro que no está prefijado sino abierto a un cierto espectro. De ahí que la convivencia se convierte en un perpetuo torneo en el que la agudeza de Tío Conejo lidia con la sagacidad criminal del Caimán o debe esquivar la acometida rampante de Tío Tigre.

En esta situación se exalta la plasticidad, la capacidad de acomodo, de buscar lo propio haciéndole creer al de arriba que se vela por sus intereses. Es el reino de la mimesis, de la simulación, de la retórica. Y también del dinamismo vital y de la indomable voluntad de ser. Se ha dado una cesura; para recuperar el pasado uno tiene que nacer de sí. El segundo mestizo es hijo de sus obras. Y en nuestro país esas obras han existido a manos llenas. A Mijares decía en 1960 que desde la muerte de Gómez "hemos vivido una verdadera revolución" y no por una transformación súbita o impuesta, sino "por un empeño

tenaz de la colectividad que, ayudada o no por los gobiernos sucesivos, ha mantenido una continuidad superior a todos ellos" (en *Venezuela Independiente*, Caracas 1962, p. 155). Pero si el segundo mestizo ha hecho una verdadera revolución no ha logrado controlarla. No ha poseído el gobierno, no ha podido estructurar las reglas de juego ni las vigencias sociales. Por eso la sociedad establecida le empuja en direcciones contrapuestas.

Ante todo (aleccionados por el pésimo ejemplo de los de arriba) surge el personaje adventicio, el que le vive a la sociedad. Es el funcionarillo que se las sabe todas, el politicastro, el sindicalero, el subalterno de confianza para toda componenda ruin...

En segundo lugar está el que se capacita, el que estudia y pasa a funcionario o trabajador cualificado, el que se muda a un bloque y se compra un carrito, el que se levanta con duro y sostenido esfuerzo. Este es el que el sistema propone como modelo y a la vez el que carga con el peso del sistema. A él va dirigida la proposición del sistema que promete confort y seguridad como resultado del esfuerzo individual. Así como el primer personaje que mencionamos no cree en los ideales del sistema sino en sus debilidades, así este segundo es proclive a identificarse con lo que el sistema proclama y a defenderlo. De sus filas surgen ante todo los asimilados, cuadros medios de partidos, pequeños intelectuales del sistema.

Pero hay otro tercer tipo: el que se capacita y crece, pero no se asimila; el que conserva sus miras, el que no se entrega. Conoce el sistema, tanto sus mecanismos como sus debilidades, es eficiente y honesto, un tipo de fiar. Pero sus jefes no acaban de fiarse de él porque intuyen que el cumplimiento de lo estipulado es la barrera que interpone ante cualquier posibilidad de connivencia. Está en el orden establecido, lo sufre, carga con él en el trabajo y a través del trabajo trata de dominarlo (producirlo, administrarlo, distribuirlo, simbolizarlo), pero no es de él. En estos hombres actúa el resentimiento, pero también una fuerza genésica que los impulsa más allá, el amor realista a la vida y la luz de la vida como juicio recto. Estos hombres respetan, y en su trabajo, en el sindicato o la junta de vecinos se hacen respetar. Poco a poco van sembrando solidaridades.

Esta versión del mestizo segundo es a nuestro modo de ver la semilla de la Venezuela liberada: De que triunfe

o no depende el porvenir de todos nosotros. Es un tipo minoritario todavía, pero ya existe. Hoy aparece como sofrenado, pero "no desespera, aguarda confiadamente y con astucia los momentos oportunos para avanzar en su liberación tan ansiada" (Puebla 452). Aunque no permanece inactivo: "crea o utiliza dentro de sí, en su convivencia más estrecha, algunos espacios para ejercer la fraternidad, por ejemplo: el barrio, la aldea, el sindicato, el deporte" (id.), la cooperativa, el grupo cultural...

MESTIZAJE INTEGRAL

A nuestro modo de ver de este tipo sobre todo brotará el mestizaje integral: el que acepta al padre (se moderniza) para rescatar a la madre (la clase oprimida, la cultura popular, las razas discriminadas). El concepto de proletario del marxismo convencional, entendido como contradicción interna del proceso capitalista, ha dejado fuera a la madre, no puede liberarla, tan sólo asimilarla. El concepto de pueblo como pueblo tradicional, el del primer mestizaje, puede, sí, resistir y conservar su dignidad; pero, por desconocer los resortes del sistema, nunca podrá vencerlo. Esta versión del mestizo segundo se constituye así en "el heredero piadoso (en oposición al renegado) el que transporta a sus padres de un universo a otro cumpliendo dentro de sí las transmutaciones necesarias para permitirles la supervivencia" (C. Rama). El que se asimila al sistema niega a la madre. El que se resigna a su condición humillada y ofendida niega al padre, y también a la madre ya que hasta la cultura tradicional se le va de las manos. Sólo esta versión del mestizaje segundo puede asumir a ambos superadoramente. Pero eso no lo logra sin ese corte doloroso que desemboca en una situación en que la existencia precede a la esencia (según la terminología de Sartre) y ésta se la tiene que crear cada quien. El mestizaje integral se da cuando esa creación que es irrenunciablemente individual adquiere dimensión social haciéndose solidaria.

Sólo este hombre puede atreverse responsablemente a decir: "Hagamos la vida con nosotros mismos, con lo que tengamos" (Pocaterra: *Patria la mestiza*). O, para fecundar al mestizo primero:

"Es tiempo de que vuelvas (...)
Por amor a tu raza en desventura;
por esta pobre tierra.

(Lazo Martí, *Silva Criolla*)